

El arte de la *fuga*

Publicado el: Sab, 24 ene, 2015

Del canto sano y natural

ARTURO REVERTER /

Hay canciones italianas muy conocidas que pasan por pertenecer al acervo popular, de ser hijas del folklore, de surgir de la calle. Sin embargo, son fruto de la labor seria y concienzuda de hábiles compositores que, eso sí, han podido inspirarse en tonadas que el aire lleva y que la tradición ha ahormado. Ahí tenemos el ejemplo de las famosas *O sole mio* de Eduardo di Capua, *Santa Lucia* de Teodoro Cottrau, *Torna a Surriento* de Ernesto de Curtis, *Musica proibita* de Stanislao Gastaldon y tantas otras. Entre ellas, sin duda, la no menos célebre *Marechiaré*, que tiene todo el aroma marino que se deriva de su cuidada escritura y de su aire pueblerino.



Esta canción, de sabor tan salobre, fue compuesta no por un natural de Nápoles, sino por un hijo de Ortona, localidad adriática no precisamente cercana: Francesco Paolo Tosti, músico elegante, delicado, exquisito, refinado, que supo, no obstante, conectar con las corrientes populares. Su vena melódica, su finura de trazo, sus soluciones armónicas, claras, concisas y expresivas, otorgan categoría a su música, que siempre es bienvenida y degustada. No son muchos los registros discográficos que albergan sus pentagramas, así que cualquier aventura que los recupere ha de ser aplaudida. Como lo fue hace pocos años un álbum de dos CDs con 43 piezas del compositor, algunas de cámara y totalmente inéditas. El protagonista principal era el tenor asturiano Joaquín Pixán, que realizaba una excelente labor.

No menos encomiable es la que lleva a cabo el canario Francisco Corujo en este reciente registro que contiene 15 canciones y cuya aparición igualmente celebramos. La voz de Corujo es lírica, ocasionalmente en la vecindad de lo lírico-ligero. Posee buena pasta tenoril y un grato color al que quizá le falte un poco de tersura, de brillo tímbrico. La emisión es canónica y el sonido prospera convenientemente sin corsés ni estrechamientos, hacia lo alto. No parece haber problemas en los agudos, que salen bien proyectados hasta el si natural al menos. Con esta nota, ligeramente forzada, corona su interpretación de *Chitarrata abruzzese*. En *L'alba sepàra dalla luce l'ombra* cierra con un bien puesto si bemol.

En el disco figuran la mayoría de las más conocidas páginas de Tosti, aunque, curiosamente, falta *Marechiare*. Todas ellas son abordadas con franqueza y buenos detalles expresivos. Corujo no tiene problemas en apianar cuando la música lo pide o lo indica el compositor. Así en la conocida *Ideale*, rematada con un mi agudo en ortodoxa media voz. Un efecto que otras veces, pocas, sale levemente perjudicado por un cierto toque de gola, como en *Malia*. Hay pasajes en los que el *falsettone* es asimismo empleado con mesura y con juicio, lo que revela una técnica bien estudiada. Herencia sin duda de los contactos con Bergonzi. Sólo una relativa carencia de *squillo* empaña las buenas intenciones.

La dicción del cantante es diáfana, se entiende lo que dice y se expresa sin dengues ni amaneramientos, coloreando hasta donde le es posible cada palabra y cada frase. Lo mismo que hace desde el piano Ángel Cabrera, el mejor acompañante que se podría elegir. Toca muy pegado a la voz, con la que se comunica sin problemas, la apoya, la sigue en el rubato, en los ligeros ritardandi y le deja campo libre en los calderones. Un teclado ágil y flexible, servidor riguroso de los diversos acentos y de los más variados ritmos. Un disco pues encomiable y bien hecho, revelador de un buen trabajo y de la manera en la que nuestros artistas pueden acometer un repertorio ajeno.